

Orígenes psicológicos de la corrupción

Por **ENRIQUE GUARNER**

Fotos: Archivo de *Novedades*

En 1921, cuando Vicente Blasco Ibáñez vino a México, describía el fenómeno de la corrupción de la siguiente manera: «Todo jefe de cuerpo del ejército recibe al mes una respetable cantidad de miles de pesos para el forraje de su caballería. Se embolsa el dinero y a continuación da una orden para que los caballos salgan a pastar en los campos de los particulares. Esto de los forrajes es extraño para los pueblos de Europa, donde la caballería militar no puede comer gratuitamente en los terrenos de los civiles sin que éstos griten como si les robasen.

«Además de los caballos están los hombres. Los ejércitos mexicanos se triplican y cuadruplican cuando figuran sobre el papel de la Tesorería del Ministerio de la Guerra; luego se empequeñecen cuando llega el momento de entregar los sueldos.

«El general que asegura tener a sus órdenes diez batallones no tiene en realidad más que diez esqueletos de batallón, y a su vez el coronel hace lo mismo con su unidad y el capitán con su compañía. Todos comen raciones y cobran por individuos que no existen».

Efectivamente, el escritor valenciano tenía cierta razón. En México, al no existir más que en una forma figurada el proceso democrático surge el engranaje de su sistema al que la mayoría de los habitantes consideran deshonesto. El Presidente no ignora que nunca obtuvo un puesto a través del voto popular dado que apenas el 50 % del padrón muestra su parecer. Además de que el método para elegirlo está viciado por fraudes. Es por ello que necesita asegurar a sus colaboradores cercanos, designándolos él mismo y permitiéndoles un grado determinado de enriquecimiento.

El sistema se vuelve institucional (elemento que incluso figura en las siglas del partido), porque además los secretarios se mueven de acuerdo con formulaciones específicas. Los gobernadores de los estados carecen de autonomía y los presidentes municipales medran porque tienen que entregar sumas de dinero a las autoridades que les son superiores.

El poder judicial funciona en la

misma forma desde la Suprema Corte, continuándose con las Procuradurías y terminando en los delegados del ministerio público. La policía sigue el mismo procedimiento y lógicamente esto nos lleva hasta el más humilde y al que denominamos de una manera sarcástica «el morde-lón».

Alguien se preguntará el por qué un ciudadano común y corriente se somete al soborno por parte de la burocracia, y la respuesta es bien sencilla. La razón parte de que uno quiere disponer de su tiempo. La maraña de intereses creados que se entrelazan entre sí hace que ningún trámite pueda llevarse a cabo por los terrenos de la honradez. Cualquiera que intente romper el círculo pierde cientos de horas que puede aprovechar en otros menesteres.

Todos sabemos que los funcionarios explotan sus puestos de acuerdo con el escalafón que ocupan y cualquier contrato o pleito judicial, tiene un precio. Por ello, los que están arriba obtienen una vida plácida y ostentosa, compran casas, mujeres y automóviles con un despilfarro que asustaría a cualquier emperador romano. Además, gozan de una impunidad inenarrable, en la cual sus guardaespaldas actúan como lacayos y los sirven en cuanto quieren. Las señales de tránsito no existen para la escolta. Los viajes se realizan sin que haya una razón para efectuarlos y además deben acompañarlos un séquito de admiradores que se dedican a ensalzarlos sin cesar.

Factores psicológicos

En 1690 con la publicación de «Essay concerning human understanding», John Locke intentó demostrar que no poseemos ideas innatas, ni bases morales ingénitas. Puede decirse que hasta ese momento se creía lo contrario. De la afirmación del filósofo inglés se deduce que evidentemente necesitamos que en nuestro cerebro penetren ideas y principios buenos para poder utilizar la facultad que se llama entendimiento.

Séneca tenía razón al decirnos que: «Al hombre hay que enseñarle la bondad, porque la maldad ya la trae adentro». Es decir, que nacemos sin principios y que son los padres aquellos que nos implantan los

conceptos morales o inmorales. Resulta muy difícil que si en la infancia no se nos incorpora el imperativo categórico Kantiano de no hagas a los demás lo que no quieras que se nos haga, nos inclinemos hacia la rectitud o la honestidad.

Sigmund Freud fue el primero en sugerir que una parte de nuestra mente juzga las acciones que llevamos a cabo. En 1914 el creador del Psicoanálisis hablaba de una entidad a la que denominaba «el ideal del yo», cuya función era medirnos con aquello que consideráramos «ejemplar». En 1923 Freud introdujo el término «Superyo», el cual se constituye como la conciencia moral que censura o aprueba nuestros impulsos agresivos a sexuales, castigándonos por medio de la culpa.

En México, desde tiempo inmemorial esta estructura carece de fuerza. Recuérdese aquí simplemente que Moctezuma intentó sobornar a Cortés para que no avanzara en el territorio. El «Superyo» padece lagunas que permiten la actuación delincuente y deshonesto. Cuando un niño se enfrenta con una prohibición se pregunta de inmediato; ¿Por qué? y si la respuesta es defectuosa le dejamos un espacio vacío en su conciencia.

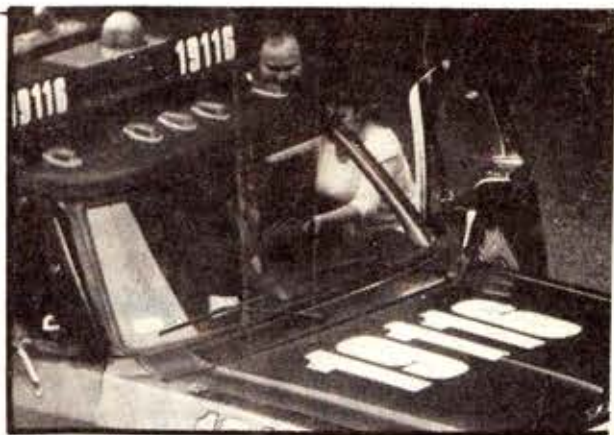
El mexicano se enfrenta desde la infancia con una sociedad deficiente en la cual el gobierno y la clase en el poder carece de fuerza moral y condiciona una actitud ambivalente hacia la honestidad. El hombre que actúa en forma recta casi nunca recibe premio. En cambio por medio de la corrupción se crean fortunas que insolentemente se exhiben y que provocan el que le falte sentido a lo ejemplar. Piénsese simplemente en que la palabra «abusado» viene de abusar y que el que se propaga es el inteligente y audaz.

Los romanos consideraban la virtud y la honestidad como la diosa del valor y se la representaba con una túnica corta, el pecho derecho descubierto, un casco en la cabeza, en la mano izquierda una lanza y en la derecha una espada.

Mucho necesitamos de esas armas, si es que queremos regresar a la integridad. Para ello tenemos que desterrar la corrupción desde su cúpula, tanto de nuestros padres, como de los malos gobernantes.



Séneca decía: «Al hombre hay que enseñarle la bondad, porque la maldad ya la trae adentro». ¿Qué tanta razón cree usted que haya tenido?



Al no existir un proceso democrático real, surge el engranaje de un sistema que muchos consideran deshonesto.